

Mujeres y militancia en el Cono Sur: dolor compartido, trayectos de la memoria y nuevas formas de saber

Walescka Pino-Ojeda

The University of Auckland

El camino seguido por el dolor gestado políticamente hasta volverse materia de memoria, para luego transitar hacia una expresión que lo haga comunicable, ha acaparado la atención de artistas, como a su vez de diversos profesionales (psicólogos sociales, periodistas, médicos forenses, jueces, académicos), quienes se han detenido en distintos aspectos y fases de estos procesos con fines diversos, entre ellos: dejar constancia de las atrocidades del pasado, asistir a las víctimas directas y a su círculo afectivo y, mediante lo anterior, ayudar además al proceso general de sanación social para contribuir de este modo a los procesos de re-democratización que aún llevan a cabo los países del Cono Sur. En todos estos casos, el legado memorial de las víctimas ha asistido, sin duda, para despejar las secuelas sociales dejadas por el terrorismo de Estado hace 40 años atrás, pero poco sabemos del trayecto que el proceso propio de recordar ha seguido en los agentes mismos de la memoria: ¿Se ha quedado estático el ejercicio de recordar, o ha transitado hacia otros estadios en que la memoria ha profundizado o ha facilitado otras formas de observar, escrutar y saber? Tal es lo que precisamente exploran los distintos artículos aquí presentados.

Hillary Hiner recupera testimonios orales de las militantes chilenas del MIR, destacando de qué modo el recuerdo del dolor y la tortura ha dado paso a un acercamiento crítico y auto reflexivo. El encuentro con otras subjetividades femeninas cautivas en los espacios de reclusión, naturalmente llevó a una forma de feminismo que podríamos llamar orgánico, en la medida en que surge de una hermandad que a razón de lo genérico sometió a las mujeres a modos propios de abuso físico y psicológico. Se toma conciencia de una doble subalternidad: ser prisioneras y mujeres, y del machismo transversal de las instituciones, incluida aquélla en la que ellas militaban, lo que siguiendo el orden ya aprendido, las lleva a borrarse al no ser las mujeres las protagonistas de tal lucha política, sino tan sólo las “acompañantes.”

Este último aspecto es también explorado por Ana Forcinito al analizar relatos y registros poéticos de prisioneras políticas de Uruguay, quienes se sienten víctimas en su condición de rehenes, pero además porque sufren de una auto-alienación al tener dificultades para reconocer su propia subjetividad política. En el caso de aquellos testimonios de quienes eran niños durante la dictadura argentina, lo que destaca es una mirada estética-afectiva, que así como pretende visibilizar el horror a través de lo poético, se encuentra plagada de vacíos, silencios y desplazamientos. El análisis de Forcinito nos aproxima a agentes de la memoria que buscan legitimarse en tanto sujetos de la historia, sujetos afectivos, pero además sujetos reflexivos los que, con la distancia del tiempo, practican una forma que podríamos describir como meta-testimonial al ejercer tanto de transmisores como de críticos del material rememorado.

La obra de la argentina Pilar Calveiro es analizada por María Rosa Olivera-Williams en la encrucijada de su condición de prisionera política que testimonia desde su actual sitio de intelectual. Es desde aquí que Calveiro puede situar las luchas latinoamericanas, y la argentina en particular, en un contexto global de dinámicas de poder. En este caso, lo poético afectivo cede al lenguaje académico, ello con el fin de transmitir, hacer

comprensibles y explicables las experiencias del horror político. Es en dicho marco que Olivera-Williams describe a Calveiro como una “renovadora de la memoria”, entre otras cosas, porque disloca la univocidad del hablante, al fluctuar entre un “yo”, “él” o “ella”. Es de este modo que Calveiro ejerce un activismo político desde el lenguaje ensayístico académico, invitando a desdibujar de este modo la tajante división entre una voz objetiva y subjetiva, irrelevante cuando se trata de exponer los horrores del pasado y denunciar las causas locales e internacionales que los gestaron.

El artículo de Carmen Castillo es un testimonio reflexivo sobre su proceso de creadora documentalista desde su condición de militante y exiliada. Castillo ocupa de este modo tres sitios de memoria: agente del recuerdo, transmisora de este mismo, y crítica del proceso de comunicarlo. Confluyen en el artículo de Castillo los más variados saberes, desde el político activista, el de víctima vivencial, el artístico, y el académico reflexivo. Si bien su relato se nos manifiesta como analítico-descriptivo, su voz está del mismo modo permeada de un tono emotivo y evidentemente militante, con sentencias que hablan de la necesidad vital de recordar, de la oscuridad de lo humano, y el carácter inefable de la violencia sexual.

El tránsito seguido por los recuerdos traumatizados de las mujeres militantes que sufrieron prisión y exilio, nos indica que estamos frente a una nueva fase en la tarea personal y comunal de superar el pasado atroz legado por las dictaduras del Cono Sur. Es evidente que estamos frente a procesos de mayor empoderamiento, pero sobre todo, de avance en un ejercicio crítico y auto-reflexivo en el que, sin abdicar del compromiso militante, se escruta la ideología y las prácticas de las instituciones de izquierda que sufrieron de persecución. Esta nueva coyuntura está dislocando el férreo nudo ideológico-partidista para dar paso a categorías afectivas y analíticas, que así como han estado influyendo en la praxis política misma, están permeando a su vez el ejercicio mismo de recordar y analizar los actos de memoria. Es este sentido que es posible advertir que el tránsito seguido por estas memorias está gestando nuevas formas de saber.